

A woman is seen from behind, standing in a snowy landscape. She is wearing a black, long-sleeved Victorian-style dress with a high collar and a full, ruffled skirt. She is holding a black lace umbrella over her head. The background is a soft-focus snowy field with falling snowflakes. The text 'JANA WESTWOOD' is overlaid in white serif font, and 'La solterona' is overlaid in orange script font.

JANA
WESTWOOD

La
solterona

Contenido

[Título](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Querid@ lector](#)

[Los pecados heredados](#)

La Solterona

Jana Westwood

© Jana Westwood
Portada: Jana Westwood
1ª Edición: julio 2018

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo la sanción establecida por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

Capítulo 1

Lakeshire, 1878

Malcolm Downton, dueño de Tilford Hall, en Lakeshire, era un hombre adusto y peculiar. Su pose era la de un aristócrata, pero lo cierto es que tan solo era un terrateniente con muy buen ojo para los negocios y poca vista para las relaciones personales. En especial en lo que se refería a los afectos.

La vanidad era una de las características más destacables que adornaban a Malcolm Downton. Siempre tuvo mucho éxito con las mujeres y era muy consciente de su atractivo físico. Había tenido dos esposas, aunque ya hacía más de doce años que era viudo.

La primera esposa de Mr. Downton, Jenie Elzer, era de condición superior a la de su marido. Fue una mujer dulce y tranquila que adoraba con devoción a su esposo, según solía relatar él a todo aquel que quiera escucharlo, haciendo especial hincapié en que jamás le vio un solo defecto.

Nadie en Lakeshire hubiera dicho que la hija de Walter Elzer se casaría con aquel petimetre cuya mayor cualidad era un notable físico, más aún teniendo candidatos mucho más relevantes, entre los que se incluía el hijo de un lord.

Aquel matrimonio fue muy sonado entre la sociedad de Lakeshire y todo el mundo estaba de acuerdo en que hacían una «bella» pareja. Fruto de esta unión nacieron dos hijos: Armond y Elizabeth, con cinco años de diferencia uno de la otra.

Lo que debió ser un motivo de alegría se convirtió en una triste fecha al morir Jenie en el parto de su segunda hija. La pequeña tuvo que crecer sin una figura materna y con

el desafecto de su padre, que la hizo responsable de su pérdida.

Cuando Elizabeth cumplió los ocho años, su padre volvió a casarse. Jillian Thurgood era una guapísima y jovencísima mujer que, de manera tan sorprendente como ocurriera con su primera esposa, tuvo a bien enamorarse de Malcolm Downton. Jillian también tuvo un hijo al que llamaron Dexter.

Curiosamente, los años en los que Jillian vivió fueron los más felices en la vida de Elizabeth. La segunda mujer de su padre fue cariñosa y amable con ella y la trató siempre con respecto y afecto. Era demasiado joven para él y tenía una alegría innata que Elizabeth absorbió como si fuese un néctar vital del que no pudiese prescindir.

Jillian la enseñó a tocar el piano, a distinguir las flores del jardín, a conocer cada hoja de cada árbol... Pero lo más importante que le enseñó fue que podía hacer cualquier cosa que hiciese uno de sus hermanos. A menudo, su padre la regañaba por bajar sobre la barandilla de la escalera o por saltar los escalones de tres en tres o por hacer la voltereta desde los hombros de Armond.

El hijo mayor de Malcolm Downton se parecía a él, pero carecía de su atractivo físico. Era alto y desgarbado y su pelo había empezado a desaparecer a la temprana edad de veintitrés años, por lo que ahora, con treinta y cinco, podía verse la mayor parte de su cabeza pensante. Era abogado y estaba casado con Lucinda Drayton, una limitada y mezquina mujer que no perdía ocasión de hacer notar el buen estado de sus finanzas. Siempre con una sonrisa y tono amable, eso sí.

Elizabeth a menudo se preguntaba a dónde había ido el Armond de aquellos felices días de su infancia. Aunque sabía muy bien la respuesta. Cuando Jillian murió el mundo de alegría y fantasía que había creado en aquella casa se desplomó sobre sus cabezas.

Su padre se volvió un hombre amargado, envió a Armond a un internado y se olvidó por completo de Elizabeth y Dexter, dejándolos en manos de institutrices, profesores y criados.

Elizabeth se prometió no olvidar a Jillian, la única madre que conoció. Siguió tocando el piano, haciendo acrobacias, repasando las flores y las hojas de todos los árboles porque sentía que con eso la tenía más cerca.

La amargura de su padre encontró reposo en ella, no porque Elizabeth aliviara su pérdida, sino porque parecía obtener algún enfermizo placer de torturarla. Desde muy jovencita tuvo que escucharlo criticarla sin ningún pudor frente a amigos y familiares. Que si era demasiado alta, que si demasiado delgada, que si demasiado lista. «No se casará nunca», repetía a menudo.

Elizabeth se hizo fuerte gracias a ese entrenamiento, su padre nunca consiguió reducirla ni menoscabar su autoestima. Al contrario, cuanto más la criticaba más resistente la hacía. Pero, como si de un maleficio se tratase, Malcolm Downton tuvo razón y nunca llegó para ella una propuesta de matrimonio.

A veces Elizabeth se observaba frente al espejo, buscando qué podían ver aquellos jóvenes en ella que los hacía alejarse. Tenía los ojos de un color verde tan claro que, dependiendo de la luz, parecían de auténtico cristal. Su nariz era quizá demasiado pequeña, sus mejillas demasiado blancas y delicadas y los labios demasiado grandes. Sus cabellos no eran de un rubio brillante como los de su amiga Lesa Uhland, ni tampoco oscuros como los de Cordelia Roswell. Tenía una voz profunda y suave, pero no delicada, y era flexible en sus movimientos, pero no demasiado elegante. No había nada desagradable en ella, pero tampoco podía decirse que fuese hermosa.

Después de cumplir los veintisiete sin que ningún joven solicitase su mano empezó a perder el interés en que eso ocurriese. Se fijó entonces en las jóvenes de su edad

que ya estaban casadas y se dio cuenta de que sus maridos cambiaron poco tiempo después de la boda. Ya no eran los caballeros amables y galantes que habían sido al conquistarlas. No cuidaban tanto su aspecto y, a los pocos años de haberse unido en matrimonio, la mayoría dejaba de preocuparse por sus esposas.

A los veintinueve años ya estaba resignada a aceptar que había tenido mucha suerte y se sintió libre y dueña de su vida. No tenía que rendir cuentas a nadie de lo que hacía a diario. A su padre no le importaba lo más mínimo, su hermano mayor vivía en el centro de Lakeshire y solo se veían un par de veces al mes, y Dexter estaba en la universidad.

A Dexter sí lo echaba de menos. Era divertido tener a alguien con quien pasear por el bosque y que no la cuestionaba por su manera de ser. Con su hermano pequeño podía jugar a cazar con la boca las moras que le lanzaba el otro sin sentirse juzgada ni estúpida. Era guapo como su padre y sensible como su madre. Tenía unos ojos brillantes y de mirada limpia y siempre sabía qué decir para hacer que todo el mundo se sintiera bien. Todo lo contrario que Armond.

—¿Vas a ir a la fiesta de los Middleton? —preguntó Malcolm a su hija.

Las fiestas de los Middleton solían resultar un poco más entretenidas que las del resto de familias de Lakeshire. Ellie Middleton era una mujer inteligente con una actitud poco corriente y una conversación de lo más interesante. Sus celebraciones eran de las pocas por las que Elizabeth alteraba su rutina de vez en cuando.

—Sí, padre —respondió cerrando el libro que estaba leyendo.

Estaban los dos sentados en sendos sillones, cada uno con su lectura, juntos pero distanciados.

—Pues deberías subir a arreglarte —siguió su padre sin levantar la vista de su libro.

Elizabeth miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. No necesitaba mucho tiempo. Tenía el vestido de muselina sobre la cama, los zapatos lustrados y el cabello en su sitio.

—He oído que ha vuelto el hijo pequeño de lord Cook —dijo Malcolm—. Al parecer su tío Alfred murió de una neumonía.

Elizabeth miró a su padre sorprendida. Everald Cook, su mujer, Alma, y sus hijos Arthur, Thomas, Galen y Katherine vivían en Silvery House, una enorme mansión a unos cinco kilómetros hacia el este. El joven Galen era el mejor amigo de Dexter hasta que se marchó a Estados Unidos a vivir con su tío, dueño de una gran fortuna y sin descendencia. Fue una noticia muy comentada en Lakeshire y a Elizabeth le parecía escalofriante que su padre defendiese la idea. ¿Cómo puede un padre desprenderse de uno de sus hijos?

Elizabeth recordaba a Alma como una mujer agradable y educada y a lord Cook como un hombre severo y frío. Después de que su hijo se marchara no volvieron a tener contacto con ellos. Sonrió al recordar al intrépido muchacho que solía ser siempre el primero en saltar al lago cuando los llevaba de picnic a él y a Dexter. Por aquel entonces ella era una joven soñadora con un enjambre de pájaros volando dentro de su cabeza.

—Dexter se alegrará de saberlo —dijo en voz alta.

Pero Malcolm ya había dejado de prestarle atención y había vuelto a su lectura.

Capítulo 2

Elizabeth llegó a la casa de los Middleton y después de saludar a sus anfitriones y a su hija menor, Belinda, entró en el salón de baile. Caminó distraída entre los invitados, saludando a unos y otros con un ligero gesto de cabeza pero sin facilitar ningún acercamiento. Debía ser honesta y aceptar que había ido poco inclinada a divertirse.

—Señorita Downton. —Rolando Elphick se había acercado sigiloso y la cazó por sorpresa—, me sorprende verla aquí.

—Pues debo decir en mi descargo, señor Elphick, que he sido invitada —respondió con ironía.

—Por supuesto, por supuesto —aclaró Rolando Elphick—, pero la última vez que la vi en un baile no parecía usted muy entusiasmada con esta clase de eventos.

Rolando Elphick era un hombre de unos cincuenta años, amante de la buena vida, en especial del buen vino. Tenía una prominente barriga que daba fe de ello y una copa en la mano que parecía más un apéndice de su anatomía que un objeto. Su barba se arremolinaba a ambos lados de su cara yendo a converger en su huidiza barbilla y sobre sus finos labios. Rolando Elphick también estaba soltero y a Elizabeth le incomodaba enormemente estar cerca de él cuando no había nadie más presente. La sola idea de que, en su desesperación, se le ocurriese pedirle en matrimonio había provocado que tuviese preparada una larga lista de negativas de lo más variopintas.

—Espero que su padre se encuentre bien de salud —dijo el hombre después de beber un sorbo de su copa—. ¿Desea que le traiga algo?

—No, gracias —respondió Elizabeth—. Veo allí a mi hermano Armond que me hace gestos para que me acer-

que, discúlpeme.

Atravesó el salón de baile y llegó hasta su hermano, que ni se había percatado de su llegada.

—Hola, Elizabeth —dijo al verla—, me alegra que aún te apetezca asistir a esta clase de actos. Precisamente lo hemos hablado en casa Lucinda y yo antes de venir. Ella decía que se deberían poner condiciones para asistir a esta clase de fiestas.

Su hermana ignoró el comentario y su carga emocional. De ningún modo iba a preguntar cuáles creía Lucinda que deberían ser esas condiciones, aunque sospechaba que una de ellas excluía su presencia.

—Pues ya ves... —dijo sin apartar la mirada de los que bailaban.

—No estoy seguro de que ese vestido sea adecuado para alguien de tu... —Armond no acabó la frase y miró a su alrededor como si buscara a alguien—. Seguro que Lucinda sabrá decirnos si es pertinente.

—Estoy segura de ello —dijo con la mirada fija en el atractivo y elegante joven que bailaba con Hortense Stout.

Tenía un porte confiado y seguro que contrastaba la delicadeza con que dirigía a su pareja de baile. A pesar de sus desarrollados músculos, más propios de un leñador que de un bailarín, y de que era muy alto, se movía con enorme elasticidad y finura.

—Es muy apuesto, ¿verdad?

Elizabeth se giró y vio a Belinda Middleton, que observaba embobada al joven bailarín. Belinda era una joven bonita y simpática con la que Elizabeth no había tenido mucho trato.

—Es Galen Cook —siguió diciendo la joven—, acaba de regresar a Lakeshire. Los Cook son sus vecinos, señorita Downton.

Esto último lo dijo mirándola sorprendida, como si acabase de descubrir un secreto asombroso.

Elizabeth se volvió hacia la pista. No era de extrañar que no lo hubiese reconocido, la última vez que lo vio era un muchacho tímido e inteligente de poco más de metro y medio.

—Debe usted visitarles a menudo —dijo Belinda expresando cierta envidia en su expresión.

Elizabeth no pudo evitar que se le escapase una ligera sonrisa.

—Siento decirle que se equivoca —respondió mirándola—, lo cierto es que desde que Galen se marchó apenas hemos coincidido en algún evento.

—¿No cree que es el joven más guapo de Lakeshire? —preguntó la joven mirándolo embobada.

—Creo que, probablemente, del condado —respondió Elizabeth sonriéndole con simpatía.

El rostro de Belinda se iluminó y parecía que iba a decir algo, pero se contuvo al cruzarse con la mirada de Armond Downton y volvió a colocarse mirando hacia la zona de baile.

—Su hermano nos mira con severidad, señorita Downton —susurró.

Elizabeth siguió mirando a los bailarines, ignorándolo.

—Me temo que esa es su mirada habitual, señorita Middleton.

La pieza de baile terminó y los que deseaban continuar bailando se prepararon para ello. Galen Cook se despidió cortésmente de su pareja y se acercó a ellas.

—Señorita Downton —dijo cogiéndole la mano y llevándosela a los labios—. Qué grata sorpresa verla aquí.

—Galen Cook... —Elizabeth lo saludó comprobando que aún era más guapo y apuesto en las distancias cortas—. Han pasado muchos años...

—Para usted se paró el tiempo —dijo galante.

—Siento mucho la muerte de su tío —dijo apesadumbrada.

Galen Cook asintió agradecido y Elizabeth miró a Belinda temerosa de que fuese a desmayarse en cualquier momento si no la introducía en la conversación.

—¿Conoce a la señorita Middleton? —preguntó poniéndole una mano en la espalda a la joven con mucha suavidad—. Señorita Middleton, le presento a Galen Cook.

—Encantada —dijo haciendo una ligera reverencia.

—Mucho gusto, señorita Middleton. —Galen la saludó cortésmente y se volvió de nuevo hacia Elizabeth—. ¿Cuándo llega su hermano de la universidad?

—En cualquier momento —dijo Elizabeth con una sonrisa. A su mente vinieron un montón de recuerdos de cuando los dos niños jugaban en el jardín de Tilford Hall—. Se alegrará mucho de verlo.

—Y yo de verlo a él —dijo Galen.

A Elizabeth le pareció escuchar un suspiro que venía de su lado, justo del lugar en el que Belinda languidecía bajo el influjo de la presencia masculina.

—¿Por qué no van a bailar? —preguntó Elizabeth—. Justo acaba esta pieza.

Galen la miró de un modo peculiar, con cierta ironía en su expresión. Se volvió hacia Belinda y le ofreció su mano, la joven se apresuró a aceptarla y lo siguió a la pista ante la divertida mirada de Elizabeth.

—Hacen buena pareja —dijo Armond dispuesto a entablar conversación.

—Sí, es cierto —dijo su hermana, y sin darle pie a seguir con la charla se alejó de él para buscar la soledad en el frescor de la noche.

Elizabeth caminó hasta el estanque. La luna brillaba radiante en el firmamento y lanzaba destellos dorados sobre el agua. Hacía una noche preciosa y ya solo por eso se sintió feliz de haber ido a la fiesta.

Escuchó ruidos entre los setos a su derecha y luego unas risas contenidas. No se movió tratando de no llamar la atención de quienquiera que fuese, pero fue inevitable.

—¡Elizabeth! —exclamó Lesa Uhland al verla—. ¿Qué haces aquí?

Detrás de ella estaba Virgil Alston, el prometido de Cordelia Roswell.

—Buenas noches —dijo muy seria—, he salido a tomar el fresco.

—A la señora Uhland se le había perdido un brazalete y me he ofrecido a ayudarla a buscarlo —explicó Alston nervioso.

—Sí, ha sido muy amable —respondió Lesa.

—¿Y lo han encontrado? —Elizabeth trataba de mostrarse relajada, en cambio ellos no sabían dónde meterse—. El brazalete, digo.

—¡Oh! —Lesa se miró la muñeca para comprobar que llevaba uno y después se la mostró—. Sí, aquí está.

—Creo que ya no soy necesario aquí, así que vuelvo a la fiesta —dijo Alston—. Señora Uhland, señorita Downton.

El hombre se alejó a toda prisa y Lesa se acercó colocándose junto a Elizabeth frente al estanque.

—Hace una noche preciosa —dijo.

Lesa y Elizabeth habían sido buenas amigas, pero después de casarse con Phillip Uhland, Lesa la fue apartando poco a poco de su vida por considerar que no encajaba. Aquello le dolió a Elizabeth profundamente y fue la primera vez, después de la muerte de Jillian, en la que se sintió verdaderamente sola.

Aun así, todavía seguía mirando a Lesa con afecto y no le guardaba ningún rencor. Elizabeth creía que los afectos no pueden forzarse ni llevarse por un camino por el que no quieren transitar. No tiene sentido guardar rencor a alguien que ha decidido no quererte.

—Espero que no hayas malinterpretado... —Lesa la miraba angustiada—. El señor Alston ha sido muy genero-

so...

—Por supuesto —la cortó Elizabeth, que no quería escuchar nada más sobre el tema.

—Hacía mucho tiempo que no hablábamos —dijo Lesa visiblemente incómoda—. No entiendo por qué nos hemos distanciado estos años.

—Nuestras vidas han cambiado mucho —dijo Elizabeth mirándola—. Tú estás casada y tienes dos niñas preciosas, mientras que yo ya soy oficialmente una solterona.

—No digas eso —la regañó—. Todavía puedes encontrar marido. Algún viudo...

Elizabeth casi se echó a reír a carcajadas, ¿aquello pretendía ser un consuelo? Se contuvo y volvió a mirar hacia el estanque.

—Voy a volver dentro, Phillip se preguntará dónde estoy. Me he alegrado de hablar contigo. Podrías venir un día a casa, ya te avisaré.

Lesa se alejó sin esperar respuesta. Elizabeth se preguntó qué habría pasado si le hubiese dicho que sí, que iría a su casa mañana mismo. Volvieron a atacarle las ganas de reír, pero esta vez no se contuvo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —Armond estaba a su lado.

Elizabeth lo miró deteniendo un instante su risa, pero enseguida volvió a romper a carcajadas. El hombre la miraba con semblante muy serio sin comprender cuál podía ser el motivo de tanta hilaridad.

—No es nada —dijo su hermana cuando pudo hablar—, a veces uno necesita reírse.

—No es propio de una mujer de tu edad, hermana —la regañó—. Imagínate que en lugar de ser yo hubiese sido cualquier otro el que te encontrase en este lamentable estado.